MIS RECUERDOS DEL NACIONAL

Por Lácides Martínez Ávila

Hoy, treinta y cinco años después de haber egresado del Colegio Nacional Agustín Codazzi, vienen a mi memoria, vívidos y frescos, numerosos recuerdos de nuestra vida estudiantil. De ella, hay dos aspectos que quisiera destacar, por ser los que más despiertan mi admiración al comparar nuestra actuación de entonces con la que suelen tener actualmente los estudiantes de cualquier colegio. Me refiero al esmero académico y al sentido ético que siempre mantuvimos, a pesar de nuestro comportamiento externo, el cual era, hay que decirlo, absolutamente informal y desparpajado; un comportamiento apartado, en muchos aspectos, de los convencionalismos sociales o tradicionales; rayano, hasta cierto punto, en la iconoclasia y la irreverencia.

Se deduce, entonces, que no éramos las hermanitas de la caridad, ni mucho menos. Y esto, que quede claro desde ya. Tentado estoy, incluso, a decir que éramos todo lo contrario. Pero ello no sería justo. Podría entenderse como que éramos unos demonios, y eso no es verdad. Éramos terriblemente indisciplinados, sin duda. Pero no hasta allá, o, al menos, no en el sentido maligno de la palabra "demonio". Más bien éramos indisciplinados en el sentido benigno de la palabra "*rechochero*": hablábamos, bromeábamos, mamábamos gallo… En clase, solíamos gastarles bromas pesadas hasta a los mismos profesores, enganchándoles, por ejemplo, en la oreja trasera del pantalón, sin que se dieran cuenta, rabos de papel, para reírnos de ellos.

A veces se suscitaba en el aula una que otra pelea verbal entre algún estudiante y el docente de turno, tras lo cual la clase continuaba como si nada hubiera pasado. Como aquella que tuvo lugar entre Alfredo Chinchía y Luis Rodríguez, profesor de Física. Se hallaba éste explicando un problema en el tablero, y Alfredo le pidió que explicara de nuevo. "Chivolito", que así le decíamos al profesor de marras, lo complació, al término de lo cual Alfredo le dijo: "Ah, tiene razón y le cabe derecho…". Y el profesor, de inmediato, se volteó hacia él y le espetó en tono vehemente: "¡Y a ti te cabe torcido, que es peor y duele más!". Tras las risas de todos, la clase continuó normalmente.

Entre nosotros mismos ¡ni se diga! Nuestro trato mutuo no era precisamente un dechado de cortesía o buenas maneras, excepto cuando nos dirigíamos a las compañeras. Pero todos éramos muy unidos y solidarios. Nuestro comportamiento en clase podía tipificarse como lo que se conoce, en el argot pedagógico, como *disrupción*. Sí, eso es lo que éramos: disruptivos. Pero se trataba de una disrupción sana e inocua, que no nos hacía perder el hilo de las explicaciones ni el objetivo general de la clase. Era el nuestro, pues, un comportamiento que bien pudiéramos calificar de "sanamente disruptivo".

En cierta ocasión nos nombraron un profesor de Historia procedente de Medellín. Era la primera vez que venía a la Costa. Recuerdo que usaba, sin camisilla y por fuera, unas camisas claritas. Ya había empezado a dictar clases en los demás cursos, y sabíamos que lo

habían apodado “Mazamorra”, debido a que en casi todos los ejemplos que usaba hacía alusión a estas deliciosas gachas. Era el año de 1970, y por aquella época se nos había dado a los alumnos de mi curso por ir armados con revólveres al colegio; sin ninguna intención, desde luego, de agredir o causar daño a nadie; sólo por simple “recocha”, como se dice. Preciso es aclarar que por aquel tiempo portar un revólver en Codazzi era como portar hoy en día un celular. Cuando “Mazamorra” iba a entrar al salón a darnos clase por primera vez, alguien --creo que fue José Ramón Díaz-- dijo: “Muchachos, ahí viene ‘Mazamorra’; vamos a poner los revólveres sobre los pupitres para que él los vea, y los guardamos cuando vaya a comenzar la clase”. Así lo hicimos, de manera que cuando el profesor entró al salón, se sorprendió y hasta cambió de color ante el inusual espectáculo. “Tranquilo, profe –dijimos todos a una--. No se preocupe. Dicte la clase sin problemas. Aquí no pasa nada”. Esto dijimos al tiempo que guardábamos los revólveres. Tras terminar la clase, durante cuyo desarrollo el profesor se notó bastante nervioso, éste se encontró en el pasillo no sé si fue con el difunto Álvaro Celedón (q.e.p.d.) o con Dorismel Caamaño y le preguntó: “¿Es verdad que aquí en Codazzi matan bastante gente?”. “¡Uuuff, profe! –le respondió el que fue-- Debajo de aquel palo de mamón que está allá han amanecido ya cinco profesores muertos”. Esto, por supuesto no era cierto. Se trataba simplemente de una broma; algo macabra, sí, pero broma. Sin embargo, el institutor paisa no lo entendió así y se lo tomó muy en serio. Durante la noche empacó sus motetes y… “¡Esto no es con Chan! ¡Paticas, pa’qué te tengo!” Se fue esa misma noche y no regresó jamás. La chanza nos costó otros dos meses sin profesor de Historia.

En otra ocasión, íbamos a comenzar el examen final de Educación Física, y lo primero que el profesor, de apellido Maturana, nos ordenó hacer fue darle, trotando y en formación, una vuelta al colegio. Tan pronto como iniciamos el trote, Orlando Almanza empezó a orinarse en la fila, dejando el húmedo rastro claramente visible en el suelo. Por encima de la pantaloneta, desde luego. El profesor Maturana, a quien apodábamos “Chirrío”, lo pilló y le gritó: “¡Almanza, sálgase!”. Orlando le obedeció en el acto y se sentó en el sardinel. Al pasar junto a él, “Chirrío” le dijo, señalándolo con el dedo: “¡Y tiene uno, para que no sea pendejo!”. El examen duró más de una hora y fue bastante agotador. Al cabo del mismo, Orlando se le acercó al profesor y le dijo: “Profe, yo me quiero disculpar con usted. Fue una necesidad que me sobrevino de pronto, y no le pedí permiso para ir al baño porque ya había comenzado el examen y, como yo sé lo estricto que es usted, estoy seguro de que no me lo hubiera concedido… Además, “tícher”, eso fue por encima de la pantaloneta. ¡Eso que me hubiera sacado mi cuestión ahí…! Usted sabe que yo respeto mucho a mis compañeros y, sobre todo, a mis compañeras… Profe, profe…, súbame una miguita, no me ponga uno”. “Bueno, bueno –respondió Maturana--, está bien… Le voy a subir una miguita: tiene cuatro cincuenta”. La máxima nota era cinco y ¡le puso cuatro cincuenta sin haber hecho el examen!, siendo ésa, si mal no recuerdo, una de las notas más altas. ¿Qué tal? En cambio los demás, que sí lo hicimos y terminamos extenuados y llenos de tierra y lodo, sacamos, la mayoría, tres y pico; yo no llegué ni a tres cincuenta. Pero así era Maturana, quien dejó en el colegio, para el recuerdo, numerosas anécdotas como ésa.

Lo positivamente sorprendente de todo esto, y que aquí quiero destacar y valorar, es el hecho de que, a pesar de ese comportamiento disciplinario nuestro –ajeno, como claramente se ve, a toda conservadora ortodoxia--, nunca perdimos el norte académico que nos guiaba. Ningún acto de indisciplina, disrupción o "recocha" tenía el poder de distraernos del propósito de la clase, ni de hacernos perder el interés académico que a todos nos animaba. Si bien es cierto que en clase bromeábamos, nos chanceábamos unos con otros, lanzábamos expresiones o frases chistosas que movían a hilaridad general, o palabrotas de grueso calibre para hacernos los graciosos (hacíamos, en fin, lo que se conoce como sano desorden), ello en ningún momento fue óbice para que permaneciéramos siempre atentos a las explicaciones del docente. Una prueba de esto es que cualquiera de nosotros era capaz de referirse, con criterio y fundamento, al tema tratado por el profesor en el momento en que éste lo requiriese, lo cual ocurría con frecuencia.

Esto reafirma la tesis de que la verdadera disciplina en el aula no consiste, como muchos erróneamente creen, en que los alumnos permanezcan pasivos y callados ante las explicaciones del profesor. Así como no siempre que los estudiantes permanecen callados en clase significa que estén atendiendo a la explicación del docente, tampoco cuando están hablando y bromeando significa que se hallen desentendidos de ella. Para no pocos educadores, el indicador infalible de la disciplina en clase es la ausencia de bulla o ruido. Tal es la que se conoce con el nombre de *disciplina pasiva*. En este caso, hacer bulla o ruido es señal de indisciplina. Sin embargo, "*nada nos garantiza* –escribió Nérici-- *que un curso **en total silencio** esté realmente disciplinado, o que esté aprendiendo, **bebiendo el saber del maestro**. Es posible -y a cada instante lo estamos comprobando- que el alumno en silencio esté lejos de la sala de clase, realizando **diabluras** con la imaginación, esto es, que esté presente sólo con el cuerpo y que su espíritu esté bien distante de allí. En consecuencia, el silencio de la clase, casi siempre logrado por la coacción, no es síntoma seguro de **auténtica disciplina**"*.

Evidentemente, no era ése nuestro caso. Todo lo contrario. Era la nuestra una disciplina eminentemente activa, la cual, según ese mismo autor, *"es la forma de apreciar la disciplina, ya no por el 'barullo', sino por el trabajo realizado, por la aplicación, por el interés y por la integración en el quehacer escolar. Es probable que en una realización de tal o cual clase en que se encuentren empeñados, con entusiasmo, el profesor y los alumnos, no haya mucho silencio, pero no se puede decir que no exista disciplina. Por el contrario, puede decirse que el curso está viviendo la **auténtica disciplina**, que es la que congrega voluntades y esfuerzos para la realización de determinada tarea*". A la luz de la clasificación que suelen hacer los teóricos de la disciplina, la nuestra vendría a ser, además, una disciplina interior y autónoma, en oposición a la disciplina exterior y heterónoma.

Éramos sumamente críticos y exigentes en cuanto al nivel y calidad de las enseñanzas que se nos impartían. Docente que no diera la talla, era docente que se tenía que ir y ser reemplazado por otro mejor. Teníamos ese poder de decisión, a través de una asociación

en la que nos agremiamos, denominada Sociedad Estudiantil Progresista Agustín Codazzi (SEPAC). Contaba con personería jurídica, y ejercía una gran influencia en las esferas administrativas no sólo del municipio, sino del departamento.

En tiempos de exámenes finales, teníamos como costumbre irnos a estudiar por las noches en las bombas de gasolina, que eran los únicos sitios dónde había luz eléctrica permanente. Allí amanecíamos repasando, con ahínco y esmero, todas las lecciones del año correspondientes al examen de turno.

La actividad cultural y el ambiente intelectual eran dos aspectos predominantes por aquellas calendas en el Colegio Nacional. Famosas fueron las semanas culturales que se celebraban. Acudían delegaciones de diferentes colegios del departamento y de otras partes del país. Grupos folclóricos y teatrales, así como delegaciones deportivas de distintas regiones se hacían presentes en aquellos memorables eventos. En 1970, con sólo dos años de funcionamiento, nuestro colegio tuvo su primer periódico escolar: **Juventud.** Dirigido por el estudiante José Rafael Oñate Rivero, se constituyó en un órgano divulgativo del quehacer cultural de la región. Tiene el mérito de haber sido uno de los primeros medios impresos que dieron a conocer –al menos a nivel regional— a Gabriel García Márquez, de quien hasta ese entonces no se sabía nada, ni siquiera que existía. Fue a través de un artículo del estudiante Antonio Efraín Armenta Maestre, publicado en agosto de 1970 y que resultaría predictorio del ulterior éxito de “Cien años de soledad”, al juzgarla como “una novela de genio”.

El otro aspecto de nuestro desempeño estudiantil de aquella época digno de destacar y que llama favorablemente la atención es el profundo sentido ético que teníamos. Además de nuestro gran sentido de responsabilidad y compromiso frente al estudio, se hacía patente en nosotros aquel *sentido moral* de que hablan Shaftesbury y Hutcheson. Éramos sumamente solidarios y respetuosos en nuestras acciones prácticas, al margen del mutuo trato que nos dábamos, el cual presentaba a menudo, como ha quedado suficientemente expuesto, inocultables visos de hosquedad y grosería, pero nada en serio, todo era en broma.

El respeto hacia nuestras compañeras era algo sin parangón. Teníamos en una alta estima la dignidad humana, pero en particular la de la mujer. Jamás se supo que algún alumno le faltara el respeto a una compañera o que abusara, en alguna forma, de ella. Si surgían amoríos, se daban a la luz pública, con todas las de la ley y conocimiento de los padres. Cuando amanecíamos estudiando en las bombas de gasolina, nadie irrespetó a alguna compañera y, por supuesto, ninguno de nosotros lo hubiera permitido. Al contrario, siempre las tratábamos con la mayor caballerosidad y les cedíamos los mejores puestos para que pudieran dormir o descansar un rato cuando las vencía el sueño o el cansancio.

Al apreciar hoy, desde la perspectiva histórica y cronológica, esos dos rasgos de nuestro comportamiento estudiantil –el esmero académico y el sentido ético--, y comparar tal actitud con la que suelen mostrar los estudiantes de la época actual, no puedo menos que

sentirme orgulloso de haber pertenecido a aquella primera generación de “nacionalistas”. Apropiado es resaltar, para concluir esta nota, que casi todos, si no todos, los estudiantes de aquella inquieta camada son hoy en día verdaderos profesionales que se desempeñan en diversos campos laborales dentro de la sociedad.